

VERSIÓN TAQUIGRÁFICA PROVISORIA¹
(Sujeta a revisión por la Dirección de Taquígrafos de la
Honorable Cámara de Diputados de la Nación)

PRESENTACIÓN DEL PRESUPUESTO 2025 POR PARTE DEL SEÑOR
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, LICENCIADO JAVIER GERARDO MILEI

—
SEPTIEMBRE 15 DE 2024

¹ *Las versiones taquigráficas son las transcripciones de las sesiones realizadas por el Cuerpo de Taquígrafos de la Cámara de Diputados. Estas versiones están disponibles a minutos de finalizada una sesión y, luego de ser revisadas y editadas por la Dirección de Taquígrafos, se publican como Diarios de Sesiones con toda su documentación respaldatoria. Las versiones taquigráficas dan fe pública de los actos parlamentarios y de los fundamentos invocados para la sanción de las leyes.*

- En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, a los 15 días del mes de septiembre de 2024, a la hora 21 y 4, con la presencia del señor presidente de la Nación, licenciado Javier Gerardo Milei; de la señora vicepresidenta de la Nación, doctora Victoria Eugenia Villarruel; del señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, doctor Martín Alexis Menem; del señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, doctor José Luis Espert; del señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda de la Honorable Cámara de Senadores de la Nación, licenciado Ezequiel Atauche; del señor ministro de Economía, licenciado Luis Andrés Caputo; del señor secretario de Hacienda, licenciado Carlos Jorge Guberman; y de los señores diputados y senadores del Honorable Congreso de la Nación:

Sr. Locutor.- Ha hecho su ingreso a este recinto el señor presidente de la Nación, licenciado Javier Gerardo Milei. (*Aplausos prolongados.*)

A continuación, se invita a los presentes a permanecer de pie a fin de entonar las estrofas del Himno Nacional Argentino.

- Puestos de pie los señores legisladores y autoridades presentes, se entonan las estrofas del Himno Nacional Argentino. (*Aplausos.*):

Sr. Locutor.- Pueden tomar asiento. Muchas gracias.

Sr. Presidente de la Nación.- Hola a todos.

A los integrantes del gobierno nacional; a los integrantes de la Comisión de Presupuesto y Hacienda del Honorable Congreso de la Nación; a los diputados; a los senadores; a los dirigentes, tanto de La Libertad Avanza, como del resto del arco político, que hoy me acompaña, y a todos los argentinos, que me están mirando desde sus casas: buenas noches.

Hoy estamos aquí para presentar un proyecto de presupuesto nacional, que va a cambiar para siempre la historia de nuestro país, de manera que podamos volver a ser la Argentina grande que alguna vez fuimos.

Después de años donde la clase política vivió poniendo cepos a las libertades individuales, hoy venimos aquí a ponerle un cepo al Estado. Este proyecto de presupuesto que estamos presentando hoy aquí, tiene una metodología que blindo el equilibrio fiscal sin importar cuál sea el escenario económico. Esto significa que, independientemente de lo que ocurra con la economía a nivel macro, el resultado fiscal del sector público nacional estará equilibrado.

Este blindaje fiscal abre una nueva página en nuestra historia hasta ahora desconocida. A partir de ahora la Argentina será solvente, con la consecuente baja del riesgo país y de la tasa de interés y, por tanto, con el aumento de la producción, la productividad, el salario real y, en definitiva, la caída de la pobreza y la indigencia.

De hecho, no puedo dejar de comentar que hoy estamos en la misma casa donde en diciembre del año 2001 fue declarado y aplaudido, durante la presidencia de Adolfo Rodríguez Saá, a sala llena y en medio de enorme algarabía, el *default* de la Argentina. Ese *default*, que fue festejado y aplaudido de pie por la totalidad de la clase dirigente, sería el comienzo de un ciclo populista que ha destruido la Argentina.

Algunos se preguntarán por qué estoy aquí esta noche, si en general quien suele presentar el presupuesto nacional, desde el Poder Ejecutivo y se lo propone al Congreso, es el ministro de Economía. Decidí hacerlo personalmente por dos razones: primero, porque soy economista, y estoy orgulloso de eso. (*Aplausos.*) Soy el primer presidente economista de la historia argentina, para ser más preciso. Como soy economista, probablemente por deformación profesional, para mí el destino de un pueblo se juega en las definiciones económicas que toma. Porque sólo sobre la base de una economía sana las personas pueden ejercer verdaderamente su libertad.

La primera y primordial de estas definiciones es acerca de qué se tiene que ocupar el Estado y de cómo va a usar el dinero de los pagadores de impuestos. Eso, ni más ni menos, es el presupuesto nacional. Recordemos que, en algún sentido, la democracia moderna, como la conocemos

hoy, es hija de una revolución que se gestó bajo el principio de que no puede haber tributación sin representación. La tarea principal de esta Honorable Casa, para lo que fue pensada, es establecer un presupuesto nacional para definir qué hace el Estado con el dinero de los pagadores de impuestos.

La segunda razón por la cual me estoy presentando hoy aquí es que vengo a proponer un proyecto de presupuesto diametralmente distinto a lo que nos tienen acostumbrados. No sólo distinto, sino el más radicalmente distinto de nuestra historia. He aprendido de primera mano que, a más profundo el cambio, mayor tiene que ser el esfuerzo empeñado para pelear por él.

Por eso, estamos aquí hoy. Porque el presupuesto nacional no es sólo una ley más: es la ley de leyes, y es la hoja de ruta bajo la cual ordenaremos las prioridades de nuestra gestión en la presente hora nacional.

La piedra basal de este presupuesto es la primera verdad de una administración pública sana. Una verdad que durante muchos años ha sido relegada en la Argentina: el déficit cero. Lo primero que hay que entender es que cuando los gobiernos quieren gastar y gastar compulsivamente, y no les da el margen para seguir subiendo impuestos, como ocurre en la Argentina, la única forma de pagar las cuentas es pidiendo plata prestada o imprimiéndola en el Banco Central.

Recordemos brevemente lo que ha sido la metodología histórica de nuestra clase dirigente. Como los políticos no entienden la restricción presupuestaria y no quieren dejar de gastar, generan déficit. Para cubrir ese déficit, lo primero que hacen es tomar deuda, pero como no hacen el ajuste necesario, la deuda se vuelve impagable, y entonces defaultean. Así es como nos convertimos en el mayor defaulteador serial del mundo, pero el *default* no es inocuo; caer en *default* lo que produce es la ya famosa "fuga de capitales", en la Argentina.

Entonces, los dólares comienzan a escasear y los políticos no tienen mejor idea que establecer aranceles o derechos de exportación para hacerse de los dólares del sector privado y, por el otro lado, establecen controles de capitales para intentar retener los escasos dólares que así genera el país. Como esto produce que la Argentina se quede sin crédito en los mercados financieros, no tienen mejor idea que emitir dinero, que, como ya sabemos, genera inflación. Nota al pie: la inflación es siempre, y en todo lugar, un fenómeno monetario, le guste o no a quien le guste. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Para combatir la inflación ponen controles de precios que hace cuatro mil años sabemos que no funcionan, e inventan regulaciones que destruyen la propiedad privada; entorpecen el cálculo económico; destruyen el capital y, en consecuencia, aumentan la pobreza y la indigencia.

Esta es la triste historia argentina de lo que los políticos y analistas llaman "política económica", que no ha sido otra cosa, en la Argentina, que la violación sistemática de los derechos de propiedad de los ciudadanos.

Dicho de otro modo, el déficit sólo se cubre con deuda, que no es ni más ni menos que impuestos futuros, impuestos sobre las futuras generaciones, más impuestos presentes o emisión de dinero.

En la Argentina, más impuestos no puede haber; es el país con mayor cantidad de impuestos del mundo. Si a eso le sumamos que el 50 por ciento de la actividad económica es informal, la presión impositiva formal, en la Argentina, ronda el 60 por ciento. Un verdadero disparate para un país que necesita desesperadamente acumular capital.

Una vez descartada la posibilidad de subir impuestos, la otra forma de solventar el déficit es con deuda; es decir, cargándole a las generaciones futuras el despilfarro de hoy. Esto no es otra cosa que entregar en el altar del populismo la vida de nuestros jóvenes; es decir, implica el exterminio de las generaciones futuras, quienes hoy, ya en un 70 por ciento, son pobres.

Pero la Argentina, producto de ser el mayor defaulteador serial del mundo, no tiene acceso al crédito, por ahora, lo que inhabilita cualquier tipo de endeudamiento, aun si fuera deseable, cuando en realidad, nunca lo es. Cuando esa alternativa se agota, el déficit se paga imprimiendo pesos, que es robar a todos los argentinos mediante el señoreaje.

Para que tomen dimensión de la estafa que hemos vivido, la política ha robado a los argentinos cerca de 25.000 millones de dólares, por año, en señoreaje, los últimos veinte años. Y digo robado no como eufemismo, sino en sentido literal, porque cuanto más dinero se emite, cada peso que un argentino tiene en su bolsillo vale menos. Con el doloroso agregado de que la inflación, que es consecuencia directa de la emisión monetaria, golpea entre veinticinco y treinta veces más a los que menos tienen.

El problema del déficit, sin embargo, no es una novedad. En la Argentina tuvimos déficit fiscal en ciento trece de los últimos ciento veintitrés años. Y esos diez años que no tuvimos déficit fue porque ya había saltado todo por los aires y estábamos en *default*.

Quiere decir que prácticamente durante el ciento por ciento de nuestra historia moderna, los gobiernos incumplieron esta verdad básica de la economía, y le pasaron la factura al común de los argentinos, una y otra vez.

También quiere decir que este será el primer año de superávit fiscal, sin entrar en *default*, de toda la historia argentina. Vaya si no hay gestión.

No es casualidad, entonces, que seamos el máximo defaulteador serial de la historia moderna si hemos vivido

un siglo tomando deuda que no podemos pagar. No es casualidad que hayamos vivido con una inflación desorbitante durante el último siglo, habiendo terminado el año 2023 con la inflación interanual más alta del mundo, por encima de Venezuela y el Líbano.

No es casualidad tampoco que en los últimos ciento veinte años hayamos pasado de tener el PBI *per cápita* más alto del mundo, a ser un país donde el 60 por ciento de la población es pobre.

El huevo de la serpiente de todos los problemas económicos argentinos, de todos, que es el déficit fiscal, es la única constante a lo largo de nuestra historia. Porque la deuda es producto del déficit, la emisión monetaria es producto del déficit, la inflación es producto de financiar el déficit con emisión. La destrucción del capital es producto del endeudamiento que genera el déficit. Por lo tanto, la pobreza y la indigencia son producto del déficit.

Se preguntarán, entonces, a quién le puede servir este modelo. Bueno. ¿Saben cuál es la madre del déficit, la razón por la cual hay déficit?: la compulsión inagotable de los políticos por el gasto público, que no conoce restricción presupuestaria alguna, porque es solo gastando plata que no es suya que pueden hacer negocios para ellos, sus clientes y sus amigos.

Ya Friedman decía que no hay peor forma de gastar que el gasto estatal, porque hay cuatro maneras de gastar dinero: gastar el dinero propio en uno mismo, gastar el dinero propio en terceros, gastar el dinero ajeno en uno o gastar el dinero ajeno en terceros. Y como uno no conoce las preferencias ajenas ni es responsable del dinero ajeno, porque no sabe cuánto costó conseguirlo, la peor forma de gastar dinero es gastar el dinero de otros en otros, que es precisamente el gasto del Estado.

Hoy, algo tiene que quedar claro de una vez y para siempre: no hay nada, pero nada, más empobrecedor para el común de los argentinos que el déficit fiscal, y no hay nada, pero nada, que enriquezca más a los políticos que el déficit fiscal.

Este es el triste papel que el gasto público juega en el modelo de la casta. La política ha adornado este modelo con buenas intenciones y marcos teóricos rimbombantes. Por años los hemos escuchado hablar de la justicia social, que no solo no es justa, sino que es extremadamente violenta. Porque la justicia social implica sacarles a unos para darles a otros, basada en un principio inconsistente que dice que donde hay una necesidad nace un derecho. Pero el problema, estimados, es que las necesidades son infinitas y los recursos son finitos.

Por eso, cuando el político pide más y más gasto para repartir plata que no hay, en realidad lo que está haciendo es estafando a todo el pueblo argentino. Está

jugando con el futuro de todos para anotarse un par de puntitos políticos con algún discurso bien pensado en el camino, porque el político sabe perfectamente que cuando aumenta el gasto público está poniéndole plata en un bolsillo a la gente para sacarle el doble por el otro bolsillo.

Por eso, vetamos el proyecto de aumento del gasto público que sancionó este Congreso, y por eso vetaremos todos los proyectos que atenten contra el equilibrio fiscal. (Aplausos.) Y hacemos esto porque no vamos a ser cómplices de estafar al pueblo argentino para adoptar una medida populista.

El único contexto en el que aceptaremos discutir el aumento de un gasto es cuando el pedido venga con una expresa explicación de qué partida hay que reducir para cubrirlo. Si no es así, será vetado. (Aplausos.) Esto, que debería ser una verdad de Perogrullo, parece un sacrilegio dicho en esta Casa, lugar de donde ha salido la totalidad de las medidas populistas que han arruinado este país. (Aplausos.) Lo paradójico es que siempre salen con enorme apoyo, porque es una regla tácita de la política argentina que cuantos más votos tiene un proyecto en el Congreso, peor es para la sociedad. Así lo han vuelto a demostrar en esta Casa en las últimas semanas, porque ellos tienen algo muy claro, que pesa más que cualquier perjuicio que le puedan infligir a la sociedad: saben que, si se termina el déficit, a muchos se les termina el negocio. (Aplausos.)

Lamentablemente, esta compulsión por el gasto que tienen los políticos ha sido una constante durante el último siglo argentino. Desde 1901 hasta la fecha hubo veintidós crisis económicas en la Argentina. Veinte de esas veintidós se caracterizan por un déficit fiscal alto o directamente extravagante, lo cual generó una profunda volatilidad en la economía argentina, atentando contra la inversión y el crecimiento.

Dicho esto, detengámonos a recordar cómo era el cuadro fiscal previo a las crisis que recordamos con más angustia. En la previa al "rodrigazo", el déficit fiscal era de 14 puntos del PBI. Acercándonos a las crisis del 81/82, con la tablita cambiaria, era de 11 puntos; antes de que se desencadenara la hiperinflación del 89, el Estado nacional cargaba con 8 puntos de déficit; y detrás de uno de nuestros últimos traumas nacionales, la crisis de la convertibilidad del 2001 y 2002, teníamos un déficit de 7 puntos del PBI.

En este recorrido se ve un claro patrón: además de la persistencia de los políticos por gastar la plata que no tenemos, cada vez el país tiene una menor resistencia a la distorsión fiscal. Cada vez las crisis estallan con menos déficit. Y se preguntarán por qué ocurre esto. Ocurre porque habiendo abusado de todos los mecanismos de financiación del déficit que existen, tanto los argentinos

como los mercados cada vez nos dan menos crédito. Esto quiere decir que cuando abordamos el cuadro de situación heredado, no estamos hablando únicamente del mazazo del 2023, sino del efecto acumulado de un siglo entero de crisis recurrentes.

También quiere decir que si no lo solucionamos ahora, si no damos esta pelea de una vez y para siempre, la solución será cada vez más cuesta arriba y pronto se convertirá en una tarea casi imposible.

En la política, en la economía y en la vida misma uno no elige con qué cartas jugar, juega con las que le tocan. Los tontos ignoran la realidad; los necios, la niegan; los que apuestan al éxito, la aceptan y la resuelven. (*Aplausos y manifestaciones en las galerías.*)

La mano que nos tocó a nosotros no fue ni más ni menos que la peor herencia de la historia, tanto en materia fiscal y monetaria como en múltiples dimensiones de la vida social argentina. Heredamos un déficit consolidado de 15 puntos del PBI, de los cuales 5 puntos pertenecían al Tesoro y 10, al Banco Central, más que en cualquiera de estas crisis que acabo de mencionar. Pero algunos que dicen ser economistas, que viven de olvidarse cosas a propósito, salen todos los días en televisión haciendo de cuenta que vivíamos en Suiza.

Para ponerlo en números palpables, ajustar el déficit de 15 puntos del PBI implicó que hiciéramos un recorte del gasto de alrededor de 90.000 millones de dólares. Esto no es otra cosa que decir que estamos devolviendo a los argentinos ese dinero. O sea, no exageramos cuando decimos que hemos hecho el ajuste más grande de la historia de la humanidad.

Por eso, no me deja de llamar la atención que dirigentes de todos los colores y banderas nos acusen tan seguido de no tener gestión. (*Aplausos y manifestaciones en las galerías.*) A ellos, yo les digo: ¿saben qué? Gestionar no es designar miles de funcionarios en todos los rincones del Estado cuando la mitad de esas áreas no deberían existir. Gestionar no es que un director nacional firme una resolución para gastar millones de pesos en servicios que el sector privado puede proveer mejor y más barato. Gestionar no es hacer rutas que no conducen a ningún lado, ni viviendas hacinadas que nadie quiere. Gestionar no es saber usar el GDE, como decía el excandidato Massa. Gestionar es haber evitado la hiperinflación que nos dejaron en puerta. (*Aplausos.*) Gestionar es sanear el balance del Banco Central y desactivar la bomba de deuda que heredamos. Gestionar es reducir el gasto público de la manera en que lo hicimos, en el tiempo récord que lo hicimos, y sin haber abandonado a los sectores más vulnerables de la sociedad. Gestionar es haber aprobado la reforma legislativa más grande de los últimos cuarenta años con 37 diputados y 6 senadores; motivo por el cual también

agradezco mucho a aquellos que nos han acompañado en todas estas acciones de leyes. (*Aplausos.*)

Gestionar es echar a los 31 mil "ñoquis" que hemos echado en estos primeros nueve meses. (*Aplausos.*) Gestionar es aprobar la boleta única de papel, una bandera de aquellos que hablan de transparencia pero que poco han hecho por ella. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*) Gestionar es eliminar a los intermediarios que lucraban con la pobreza. (*Aplausos.*) Gestionar es haber eliminado los piquetes y llevar más de cuatro meses sin cortes de calles en el AMBA. (*Aplausos.*) Gestionar también es haber reducido el 75 por ciento de los homicidios en Rosario. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Gestionar es remover las infinitas regulaciones que hay en todos los sectores de la economía para facilitarles la vida a los que emprenden y trabajan. (*Aplausos.*) Gestionar es recuperar la confianza del sector privado y que proyecten invertir más de 50.000 millones de dólares, como ya han anunciado. (*Aplausos.*)

En definitiva, gestionar no es administrar el Estado, gestionar es achicar el Estado para engrandecer a la sociedad. (*Aplausos.*)

Estamos resolviendo en un año el desastre que nuestros predecesores, por acción u omisión, generaron durante más de 120 años. Así que cuando los responsables del fracaso nos acusan de no tener gestión, les decimos que llevamos en el pecho con orgullo lo que estamos haciendo. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Sin embargo, el gigante desafío persiste y ahora tenemos que hacer valer el titánico esfuerzo realizado por todos los argentinos y darle sostenibilidad hacia el futuro. Por eso, hemos decidido que parte de nuestro legado sea cambiar para siempre la metodología a través de las cuales se elabora el presupuesto.

El déficit siempre fue consecuencia de pensar primero cuánto gastar y después ver cómo financiarlo. Nosotros vamos a hacerlo al revés, pensando primero cuánto tenemos que ahorrar para después ver cuánto podemos gastar. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Por eso, estamos proponiendo una regla fiscal inquebrantable para este presupuesto y para todos los presupuestos que vengan de acá en adelante. Los invito por un minuto a volver a despejar la equis conmigo para entender de qué se trata.

Ustedes pueden abstenerse porque suman con dificultad. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

- Manifestaciones en las bancas y en las galerías.

Sr. Presidente de la Nación.- Aunque yo lea o no lea, vos seguís sumando con dificultad, Martínez. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Igual pueden tomar nota porque ahora empiezo.

- Manifestaciones en las bancas y en las galerías.

Sr. Presidente de la Nación.- La primera premisa de la que partimos es que el superávit primario tiene que equivaler o exceder obligatoriamente al monto de los intereses de deuda a pagar. De modo que si el superávit primario es el resultado de netear los ingresos con los gastos corrientes y de capital, el gasto primario tendrá que ser igual o menor a los ingresos, menos el superávit primario, es decir, el nivel de gasto a erogar estará condicionado por el nivel de superávit primario a conseguir, que a su vez estará condicionado por los ingresos observados neto el monto de intereses a pagar por la deuda.

Dicho esto, ahora detengámonos un segundo en el gasto. El gasto corriente está compuesto de la suma del gasto automático, ilícitamente indexado por ley, y el gasto discrecional. El gasto automático es el componente de gasto que está indexado a la inflación y otras variables macro. El gasto discrecional no está indexado, o sea que no importa la inflación que haya, sigue siendo el mismo.

Bajo este nuevo esquema que estamos proponiendo si los ingresos son mayores a los estimados, el gasto automático podría aumentar en línea con los ingresos, pero el gasto discrecional se mantendrá congelado. Por otro lado, mirando ahora a los ingresos, cuando el aumento de la recaudación sea transitorio, el Estado podrá ahorrar absorbiendo pesos o para cancelar deuda, lo que permitirá seguir bajando la inflación y/o mejorar el perfil de deuda argentino. Si el crecimiento económico es permanente y en consecuencia el aumento de los ingresos es estructural, el Estado va a poder devolverle a la sociedad esa mayor recaudación en reducción de impuestos, tal como nos hemos comprometido.

Por otro lado, si la economía no crece y los ingresos son menores a los estimados caerá también el gasto automático y reduciremos el gasto discrecional tal que igualmente se alcance el déficit cero. Por lo tanto, esta vez será el sector público y no el privado el que absorberá los efectos de las perturbaciones que sufra la economía.

En resumen, nuestra metodología presupuestaria va a lograr tres objetivos inéditos. Uno, va a blindar el equilibrio fiscal para siempre terminando con el castigo de la deuda y la emisión. Va a obligar al Estado a hacerse cargo y a absorber los efectos de las perturbaciones en la economía, y para cuando haya mejoras permanentes como serán

los años venideros, va a obligar a devolver el exceso de recaudación a la sociedad a través de la reducción de impuestos. Esto quiere decir que de mantenerse esta metodología de acá en adelante no solo podremos ir reduciendo impuestos, sino también el tamaño del Estado, que es la verdadera presión impositiva.

Quiero volver a repetirlo para que quede claro y no haya dudas. Esta metodología que estamos presentando en el presupuesto nacional blindará el resultado fiscal sea cual fuera el escenario macroeconómico. No importa qué suceda con la economía, no importa si nuestras estimaciones están bien o mal. Sea cual fuera el escenario económico, el resultado fiscal estará siempre garantizado. *(Aplausos.)*

Pero para que esto sea posible, en la Argentina nos debemos un debate honesto acerca de qué se tiene que ocupar y de qué no el Estado nacional. Nos hemos acostumbrado a pensar al Estado nacional como una niñera, que se tiene que hacer cargo de todo, desde darle de comer hasta entretener a cada ciudadano. Pero cuando un Estado se arroga tareas que no le competen termina por incumplir las responsabilidades fundamentales que sí le corresponden. Así llegamos a un Estado que, en el afán de cumplir todos los supuestos deseos de sus ciudadanos, no puede cumplir ni por asomo sus obligaciones básicas.

Así es como llegamos al 50 por ciento de pobreza, al retorno del analfabetismo; tasas de criminalidad siderales; un entramado energético que no soporta cuatro días de calor seguidos; fuerzas armadas abandonadas y sin capacidad de respuesta; una Justicia trágicamente lenta y hospitales públicos sin insumos que no pueden curar a nadie.

Mientras tanto, se dilapidaron miles de millones de pesos en recitales a los que iban 300 personas, medios públicos al servicio de los militantes y rutas que no conducían a ningún lado, y se pasaban el día promulgando leyes que oscilaban entre ridículas, inútiles y nocivas. *(Aplausos.)*

Como dijo Cicerón: "Cuanto más se acerca el colapso de un imperio, más estúpidas son sus leyes". Y vaya que ha hecho cosas estúpidas el kirchnerismo. *(Aplausos.)*

- Manifestaciones fuera de micrófono.

Sr. Presidente de la Nación.- Y lo peor de todo, nos dejó un sistema en el que el 70 por ciento del gasto público se va en gasto social de distinto tipo. Esto, que durante años ha sido aclamado como un éxito para todo el arco político, no indica otra cosa más que una tragedia humanitaria, porque significa que más de 20 millones de argentinos no se pueden sostener por sus propios medios si no es con la

ayuda del Estado, ayuda que se fondea robando a una parte de la sociedad con los impuestos.

Si alguien cree que esto es algo deseable, déjenme decirles que están equivocados. ¿Les parece que esto es ajeno a que el Estado realice tan pobremente sus tareas esenciales?

Por eso es hora de volver a las bases, barajar y dar de nuevo algunas definiciones. Lo fundamental que tiene que hacer un Estado nacional es asegurar la estabilidad macroeconómica, las relaciones exteriores y el imperio de la ley. Cualquier otra cuestión puede resolverse a través del mercado o es competencia de los gobiernos subnacionales.

Para ser más claro, lo desgloso en partes. ¿Qué es estabilidad macroeconómica? Que no haya déficit fiscal y que haya estabilidad monetaria y que, en consecuencia, no haya inflación y se facilite el crecimiento económico. Facilite porque los privados deciden en qué invertir, no que lo haga un burócrata desde una silla y en el medio se quede con algo en el camino. (Aplausos.)

Es más: y que al no haber inflación no haya distorsión de precios y que, en consecuencia, las personas, las familias y las empresas puedan recuperar el cálculo económico, la capacidad de proyectar y, en definitiva, recuperar su futuro.

¿Qué es el imperio de la ley? Seguridad para proteger a los ciudadanos de posibles ataques de otros a su vida y a su propiedad, justicia para dirimir imparcialmente los conflictos entre ciudadanos y castigar a quienes infringen la ley y defensa para protegernos de posibles conflictos con otros países o amenazas externas.

Repito: cualquier otra cuestión puede resolverse a través del mercado o es competencia de los gobiernos subnacionales.

Tiene que entenderse de una vez que no es tarea del Estado interferir en el proceso económico. No creemos en la política económica contracíclica y de ningún tipo. Creemos en la libertad, en los derechos de propiedad y en que los precios se expresen libremente.

Si el ciclo de la economía es genuino, esto es, si es de origen real, el Estado no tiene nada que hacer, más que garantizar la estabilidad macroeconómica y el imperio de la ley. (Aplausos.)

Si el ciclo económico no es de origen real, sino que es generado por el Estado, es lo mismo que aceptar que un mafioso nos rompa las piernas para luego venir a ofrecernos las muletas. No queremos las muletas del Estado, queremos vivir en libertad, no queremos que nos rompan las piernas. (Aplausos.)

Así como el déficit es el corazón del problema, la reducción del gasto para lograr superávit va a estar en el centro de la solución. ¿Por qué? Porque es el único

camino para devolverle a los argentinos el fruto de su trabajo que hoy el Estado les roba con impuestos.

El déficit cero va a hacer que la deuda sea sostenible, la sostenibilidad de la deuda va a bajar el riesgo país y abaratar el costo financiero, contribuyendo al aumento de la inversión y el ahorro y, en consecuencia, a la suba del salario real, que es la única manera de que baje la pobreza y la indigencia.

A su vez, implicará menor presión fiscal futura sobre los pagadores de impuestos, lo que significará un mayor incentivo para invertir.

En una economía globalizada, y aún más desde la existencia de Internet, el capital se ha vuelto nómada. Hoy, cualquier persona puede abrirse una cuenta en Estados Unidos o en Paraguay sin moverse de su casa, y lo hace buscando mejores condiciones fiscales que las que ofrecemos nosotros.

Por eso es imperativo que la Argentina vuelva a ser atractiva para los argentinos. Tenemos que terminar con esta pulsión por expulsar el capital de nuestros compatriotas con impuestos prohibitivos, que lo único que hacen es reducir el flujo y el tamaño de nuestra economía, castigando al país en su conjunto con más pobreza y más exclusión. (Aplausos.)

Queremos que las empresas argentinas vuelvan a ser competitivas para que puedan contratar a más trabajadores, pagarles mejores sueldos y así frenar el éxodo de capital humano que vivimos desde hace más de veinte años.

Hay que amigarnos de una vez por todas con la idea de que lo mejor para un trabajador es un empresario que invierte. Pero la única forma de multiplicar la cantidad de empresas es dejándoles de meter la mano en el bolsillo y liberándolos del infierno de regulaciones, permisos y costos altísimos que tiene la actividad privada en la Argentina.

Para llegar a este punto, nos hemos propuesto el plan de reformas estructurales más ambicioso de toda la historia argentina, el cual inició con el decreto 70/23, siguiendo con la aprobación de la Ley Bases sancionada por este Congreso, y continúa con todas las desregulaciones que anunciamos a diario, sumando los proyectos de ley que seguiremos enviando a este Congreso.

Gracias a esta megarreforma del Estado que hemos emprendido, estaremos alcanzando niveles de libertad económica similares a los de Alemania, Francia o Italia, en menos de un año de gestión, con viento y marea en contra, y vamos en rumbo firme y decidido a ser el país más libre del mundo, porque la libertad nos traerá prosperidad y nos hará grandes de nuevo.

Sin embargo, incluso si todo saliera como pensamos, esta guerra que llevamos adelante contra el gasto

público y el costo argentino se pelea en todas las dimensiones del Estado, y también en las jurisdicciones provinciales y municipales.

Por eso, a los gobernadores les digo: cumplir el compromiso de bajar el gasto público consolidado a 25 puntos del PBI requiere que las provincias en su conjunto hagan un ajuste adicional de 60.000 millones de dólares. Nosotros ya hemos cumplido nuestra parte del acuerdo. Ahora faltan ustedes.

Los argentinos, a lo largo y ancho del país, saben perfectamente bien que, por cada peso que dejen de gastar las provincias y los municipios, se lo podrán devolver en baja de ingresos brutos u otras tasas. Si cumplen con este mandato popular, los argentinos de bien estarán agradecidos.

Pero déjenme decir que hay algo que estoy seguro de que los argentinos no van a permitir, y es que cuando el Estado nacional elimine o baje un impuesto, ustedes quieran subir los suyos. No va a caminar. Los argentinos son un pueblo rebelde y cansado de las avivadas de los políticos. Estamos viviendo un momento bisagra en nuestra historia; no lo subestimen. De hecho, cuando ingresé en la política señalé que no venía a guiar corderos, sino a despertar leones, y les cuento... (Aplausos.)

Repito, así no se me complica el remate. (Risas.)

Cuando ingresé en la política señalé que no venía a guiar corderos, sino a despertar leones, y les cuento que, si no lo han visto o no lo quieren ver, los leones han despertado. (Aplausos.)

Por último...

- Manifestaciones fuera de micrófono.

Sr. Presidente de la Nación.- Hacelo dentro del presupuesto y no de manera demagógica, perjudicando a todos los argentinos o exterminando a los jóvenes. (Aplausos.)

Por último, quiero hablarles a los integrantes de este Congreso. Este es un momento bisagra en la historia de nuestro país. No aparecen seguidos momentos donde se pueda cambiar el curso de la historia. Si fuera fácil, no estaríamos hoy en donde estamos.

Por eso, tenemos la oportunidad -más que la oportunidad, la obligación- de aprovechar este momento, porque recuerden: cuanto más nos sumergimos en el fondo del mar, hay más que nadar para salir a flote.

El único camino hacia el progreso es terminar con el déficit fiscal, bajar el gasto público, eliminar impuestos y confiar en el ejercicio de la libertad por parte de los argentinos. Todo lo que ustedes odian. (Aplausos.)

Si hacemos las cosas bien, vamos a vivir en un país con estabilidad económica, donde planificar un proyecto de vida, formar una familia o emprender para tener un negocio rentable va a volver a ser una realidad. Si hacemos las cosas bien, encabezaremos los *rankings* de libertad económica del mundo. Si hacemos las cosas bien, tendremos un país donde el Estado va a volver a ser un servidor de sus ciudadanos y no su amo y señor, como decía Milton Friedman. Si hacemos las cosas bien, vamos a revertir el siglo de humillación al que se condenó injustamente a los argentinos.

Por eso, honorables miembros del Congreso de la Nación, la presente hora política nacional les ofrece dos opciones: una es hacer exactamente lo contrario a lo que venimos haciendo hace más de cien años, para despegar y volver a hacer a la Argentina grande nuevamente.

Otra es seguir haciendo lo mismo de siempre, dejando todo como está y mantener este sistema putrefacto que empobrece a todos los argentinos, día a día. Esos son los dos caminos.

Sepan ustedes, miembros de este Honorable Congreso, que la decisión de qué lado de la historia quieren quedar es suya. Luego, será la ciudadanía quien los coloque en la avenida de los justos o en la esquina de las ratas miserables que apostaron contra el país y contra su gente. (*Aplausos.*)

Para finalizar, quiero citar nuevamente a Marco Tulio Cicerón, el gran legislador romano, quien decía: "El presupuesto debe equilibrarse, el Tesoro debe ser reaprovisionado, la deuda pública debe ser disminuida, la arrogancia de los funcionarios públicos debe ser moderada y controlada y la ayuda a otros países debe eliminarse, para que Roma no vaya a la bancarrota. La gente debe aprender nuevamente a trabajar, en lugar de vivir a costa del Estado."

Esta frase tiene más de dos mil años, más de dos mil años, y ustedes de eso no aprendieron nada. (*Aplausos.*)

Confío en que este Honorable Congreso Nacional debatirá el proyecto de presupuesto nacional con la responsabilidad y la seriedad que nuestra situación actual requiere. Que Dios bendiga a los argentinos y que las fuerzas del cielo nos acompañen.

¡Viva la libertad, carajo! ¡Viva la libertad, carajo! ¡Viva la libertad, carajo! ¡Muchas gracias! (*Aplausos prolongados.*)

Sr. Locutor.- Estas han sido las palabras del doctor Javier Milei.

De esta manera, damos por finalizada esta reunión. Que tengan muy buenas noches.